

Verónica Murguía

El cuarto jinete

## Plegaria de Jean de Venette, prior del monasterio de la orden carmelita de París

... la mortandad de hombres y mujeres, aun más que los viejos en París y en el reino de Francia y, también, según se dice, en otras partes del mundo, fue tan grande que era casi imposible enterrar a los muertos...

Jean de Venette, *Crónica*

Señor, dame una señal. Dicen mis hermanos que el Anticristo ha nacido ya y tiene diez años de edad. Afirman que es hermoso como el sol; más bello que las muchachas de quince años; más agradable a la vista que los cálices tachonados de piedras preciosas; más armonioso que los vitrales que transforman la luz del sol en la gloria de los santos.

Aseguran que está versado en todas las ciencias y habla muchas lenguas; que conoce el uso de la espada y el arco, que posee vastos y misteriosos poderes. Sugieren que los animales lo obedecen, tanto el león como el cordero, así como el fuego y el agua, el rayo y la lluvia. Que pertenece a una noble familia y es amado por sus padres, quienes ignoran que han traído al mundo al Destructor.

Dame una señal, Señor, como aquella que me diste antes de que comenzara esta Plaga que devasta la ciudad, para que haga llegar al Santo Padre una carta donde le diga que el Fin de los Tiempos ha comenzado, aunque tal vez la Peste es Tu señal y mi torpeza me impide darme cuenta. De-

bemos luchar contra el Anticristo, aun cuando casi no nos quedan fuerzas. Muéstrame al niño funesto para que sepa su nombre, para que advierta a los fieles sobre su presencia en nuestra ciudad abatida. La Cristiandad está herida de muerte y pocos podrán hacer frente al demonio.

Cada vez que veo un niño siento un gran temor y busco en su rostro o en su cuerpo menudo el signo del Diablo. Pero aquellos que he visto son sólo niños, muchos de ellos huérfanos y ninguno parecía poderoso. Los he rociado con agua bendita y han reído, o han inclinado sus cabezas piadosamente en lugar de retroceder. Entonces hago la señal de la cruz sobre sus frentes y los bendigo, pues temo por ellos.

Ya he comenzado a escribir la historia de nuestros sufrimientos en una crónica para que las generaciones que vienen la conozcan. Trabajo sin descanso y mis dedos están negros por la tinta y se tuercen debido al cansancio. En las noches escribo hasta que siento el helado estilete de la fatiga clavado en la nuca como un alfiler. Aun así me esfuerzo y las líneas se siguen unas a otras, pero nuestro dolor casi no se puede expresar en palabras. Pero yo me esfuerzo, Señor, para que los hombres que vienen, si es que Tú deseas que la Tierra siga habitada por Tus hijos, aprendan algo de nuestra larga agonía.

Ojalá pueda terminar mi crónica, porque sé que hay muchos escritos inconclusos pues que la muerte se ha llevado a los amanuenses antes de que escribieran su última oración.

Interrogo a todos aquellos que llegan a pedir asilo a esta casa de Dios. Hermanos de todas las órdenes y naciones me dicen que la Peste mata a los italianos, a los alemanes, a los españoles. También a los ingleses crueles que nos saquean y que, enfermos de Peste, agonizan en

las playas pedregosas de su isla después de haber matado franceses que nada les habían hecho. Los ingleses, como nosotros, se revuelcan de dolor en las cunetas. Mueren vestidos con ropas francesas, robadas a punta de espada. Todos somos iguales ante la enfermedad.

Un franciscano que vino de Génova me contó que la epidemia comenzó entre los infieles y que los ha exterminado por completo. Piratas tártaros a las órdenes de Yani Beg, encolerizados con los habitantes de Caffa, arrojaron cadáveres de apestados sobre las murallas al corazón de la ciudad. Los miasmas que esos cuerpos putrefactos despidieron ensuciaron el aire y los buenos cristianos que les dieron sepultura enfermaron. Así, el mal se internó en el puerto, a pesar del triple muro con el que Caffa se protege de los piratas.

Galeras cargadas de muerte llegaron de China y Egipto a Génova, a Marsella. Dicen algunos que nadie reside ya en Oriente y sólo en Europa quedan hombres vivos, y no sé si creerles.

He tratado de describir en mi crónica el prodigio primero, la visión terrorífica de la estrella que se deshizo en rayos luminosos y coloridos sobre París. Todos los hermanos carmelitas que vieron conmigo el meteoro han muerto de Peste. Sólo yo quedo para relatar cómo esa estrella aciaga apareció, hermana celestial y misteriosa del sol que ya se ponía, después de la hora de Vísperas.

Lucieron juntos los dos soles, y uno se hundió en el horizonte mientras el otro se dividía en gajos esmeraldinos y escarlatas. Luego se derramó en gruesos chorros lucífugos sobre los techos y nos llevamos las manos a la cabeza porque creímos que caería encima de nuestras frentes.

Se hizo de noche y, sin embargo, no hubo oscuridad.

¡Qué cercana me pareció la estrella entonces! Sentí que si extendía el brazo las largas pavesas me bañarían la mano y me transmitirían una amable tibieza. Eran tan hermosos sus colores que por un momento olvidé el terror que me embargaba para extasiarme con la belleza de lo que Tú creas. Los rostros asombrados de mis hermanos se pintaron de rojo, de oro, de azul.

Alumbrados por ese fuego sideral, cantamos y rezamos un Padrenuestro mientras la esplendente diadema se recogía sobre las cúpulas de París, como si Tus ángeles coronaran esta ciudad. Fue una hermosa visión. Pero me inquieté, pues los antiguos advierten que la aparición de un cometa como ése anuncia la Peste.

Nadie en la Universidad me prestó oídos cuando les previne: les dije que prendidos a la cauda del meteoro llegarían los desastres, pero los doctores me ignoraron pues había abundancia de comida, buenas cosechas y el ganado se multiplicaba. Luego llegó la Guerra, seguida por el Hambre, y atravesaron la puerta del reino. Ha llegado la Peste, tal como lo advirtió el profeta Juan: irrumpió entre nosotros montada en su caballo verdoso y no podemos detenerla. Galopa incansablemente y su aliento mortífero nos derriba.

Señor, tengo miedo. Tus criaturas no entienden Tus propósitos y se dedican a pecar, asustados por la inminencia de la muerte, en lugar de dedicar sus últimos días a la oración y a las buenas obras. Caen muertos en las calles, dentro de las iglesias, y cuando se arrodillan para recibir la comunión.

Tus sacerdotes mueren al administrar los Sacramentos, al acompañar a los féretros al cementerio y muchos de ellos escapan por el camino y se dejan crecer el pelo para ocultar la tonsura. Los desheredados se han rebelado y se

ríen al ver pasar los cortejos fúnebres de los ricos. Yo, que fui pobre, sé lo que hay en sus corazones y tiemblo, pues la ira nos acerca al Infierno. Pero es verdad que los médicos no acuden a auxiliarlos porque los menesterosos no tienen dinero; mueren muchos más pobres que ricos, fallecen en sus yacijas roñosas y no hay con qué comprar el ataúd.

A veces sueño que sólo yo quedo vivo en esta ciudad y me despierto sudando, y mi corazón pegado a mis costillas es un pájaro asustado, preso en una jaula. Otras veces sueño que soy un niño, un desamparado rapaz campesino y que los campos están florecidos, cubiertos de botones blancos y mis talones se hundan en tibio limo. Entonces me pregunto: ¿acaso sueño con mi infancia porque ya se acerca a mí la Peste?

Añoro mi niñez miserable, Señor, cuando no sabía que vestiría el hábito de los carmelitas y que viviría en este monasterio; cuando mi única preocupación era que las gallinas pusieran y la raposa no devorara los huevos.

Los médicos de la Facultad me han advertido que si pienso mucho en la enfermedad, ella llegará a mí por medio de mi *imaginatione* y ya aposentada en mi espíritu invadirá rápidamente mi cuerpo. Es un accidente del alma. Pero me es imposible no pensar en ella, Señor, pues a diario se llevan quinientos muertos al cementerio y mi comunidad es cada día más pequeña. Tantos hermanos he visto morir, dulce Jesús, que sus agonías se confunden en mi memoria y sólo me queda la imagen de una, que es todas.

Además de los trabajos de mi crónica, también he comenzado a escribir un poema en honor de las Tres Marías, y esa escritura me da gran consuelo. En mi corazón hay un poderoso deseo de estar cerca de Tu madre, una necesidad infantil de que me cobije con su manto azul

constelado de estrellas, que imagino suave y tibio como el plumón del pecho de una paloma. Quiero que me arrulle, que me proteja, y no me avergüenzo de ese deseo aunque ya soy un hombre crecido. El mundo se acaba y necesito sosiego.

Me he informado de la salud del Santo Padre y me han dicho que en Avignon también corre la Peste como un viento mortal que marchita todo lo vivo, pero que Clemente está sano, a pesar de que muchos cardenales de la Santa Iglesia han muerto. Varios de los médicos que lo atendían fueron contagiados también. Pero ahora Guy de Chauillac es su médico, y este hombre sabio ordenó en el verano que, a pesar del calor, se encendieran hogueras alrededor del Papa y montó guardia a su lado. Estuvieron los dos encerrados en una sala en cuyas paredes el Santo Padre mandó pintar paisajes, viñedos y ríos para evitar que el desánimo le invadiera el espíritu. Guy de Chauillac, quien contrajo la Peste y se curó gracias a Tu bondad infinita, está sano y lo vigila y cuida de él con toda su ciencia. Te ruego por la salud del Papa Clemente, por la de Guy de Chauillac y por la del rey Philippe, Dios mío. El rey está en Nogent y su nueva esposa, la reina Blanca está con él. La reina Juana, su primera mujer, murió debido a la Peste, pero gracias a Ti, el rey se ha casado de nuevo. Alberga, dicen, la esperanza de darle al reino hijos sanos que lo sucedan. Que hasta ellos lleguen nuestras oraciones.

Te imploro por los judíos y por los leprosos, a quienes tus hijos culpan injustamente de la epidemia. Hemos dicho desde el púlpito que no hay poder humano capaz de causar una Plaga como esta que padecemos, pero la gente está asustada; se duele de sus pérdidas y busca venganza. Dicen que los judíos envenenaron el agua de los pozos, pero

son acusaciones infundadas y nadie ha podido comprobar nada; las confesiones que los señalan fueron extraídas con crueles tormentos y sólo el populacho cree en ellas.

El Papa trata de proteger las vidas de los judíos y las almas de los cristianos desde su habitación en Avignon. Proclamó en la Bula de septiembre que quienes matasen a los judíos serían considerados por la Iglesia como cofrades del Diablo, pero el verano trajo muchas más muertes y el Papa puede hacer muy poco encerrado allá para detener a las turbas furiosas que andan por las aldeas. Los mensajeros y monjes que he consultado afirman que Clemente y sus cardenales y obispos trabajan arduamente y que otra Bula ordenará a los cristianos aceptar y sostener a los judíos, pero Tus hijos no prestan oídos a las órdenes papales porque el miedo los ha convertido en fieras sanguinarias.

Perdónalos, Señor, como los perdonaste en la cruz, en verdad no saben lo que hacen. Protege a los judíos inocentes, dulce Señor Jesús.

Apelo a Tu compasión infinita por las monjas que atienden a los enfermos, pues se contagian en gran número y a veces caen muertas sobre los moribundos a los que procuran. A pesar de la certeza del contagio, su presencia en el Hôtel Dieu se renueva sin cesar pues los conventos son inextinguibles manantiales de caridad.

Te recuerdo mi pueblo, Venette, que me vio nacer y donde fui feliz; Venette, hoy amenazado por los ingleses y el hambre.

Y te pido por Tu hijo, Jean, que teme y ora en la noche, pidiéndote una señal.

## II

### Petición de Andreuccio, estudiante nacido en Brescia, a Isabeau, hija del molinero de la Rue de la Mer

Ven, hermosa mía, ahora que la calle está desierta y todos están presos en sus casas. Entra en el zaguán, pues desde aquí puedo ver si alguien viene y oír los pasos del guardia.

Bendigo el día en que la Pestilencia irrumpió en esta ciudad y la vigilancia de tus padres se relajó. Sí, ya sé que tu tío ha muerto de Peste. Bendigo la muerte de tu tío, que los ocupa ahora y que los congrega alrededor de su lecho. No, no te vayas. Soy impío por amor a ti. Siento compasión por tu deudo muerto; no volveré a proferir palabras innobles. Mañana rezaré por él. Te lo juro por Dios. Sí, tu tío ya está con Él. Nosotros estamos aquí, y si estamos juntos es como si también estuviéramos cerca de Dios.

Acércate, hermosa mía, deja que te bese y huela tu pelo. Quítate la cofia y deshaz tu trenza. Así. Cubro mis ojos con tus rizos. No temas, nadie viene. Tu pelo es más suave que los paños que los comerciantes traen de Oriente; es agua de oro, hilos de miel que caen en chorros sobre tu espalda. Luego te peinarás de nuevo. Pondremos aquí tu cofia y no se ensuciará.

Permite que te acaricie los labios. Olvida las palabras de tu confesor, pues la vida es corta y la Peste nos roba las horas. No, no es verdad que perderás tu alma. Obtendremos algo inestimable, ya verás. Algo que nos purificará. Luego

nos casaremos, pues soy soltero y libre, no como los frailes galanteadores que embarazan a las monjas en los conventos. No soy de noble condición, pero tampoco he nacido en el arroyo. Serás mi esposa. Acostarme contigo no es pecado ni indiscreción.

Abre un poco la boca para que se humedezcan mis dedos con tu saliva tibia. No, no eres deshonesto, eres buena y me das consuelo. No es verdad lo que los predicadores afirman, que las mujeres son odres de corrupción. Tú eres un vaso de agua límpida. Esto que siento es bueno, es noble y me exalta. Daría la vida por ti.

Serías más cruel que la Plaga si te negaras. La Plaga no tiene oídos para escuchar súplicas, es un vapor horrendo, un rayo invisible. En cambio tus orejas son tiernas como flores. Escúchame y levántate el vestido. El goliardo canta mi ruego en la taberna: “¡Permita Dios, permitan los dioses, lo que mi corazón anhela, que rompa yo sus virginales cadenas!” Tus manos con las que me alejas, con las que me obligas a soltar tu falda, que sacan mis dedos de tu corpiño, son aquellas virginales cadenas que beso, pues las amo. Si me caso contigo ya no frecuentaré la taberna. Seré tu esclavo y me ataré a tu tobillo con un mechón de tu cabello.

¿Mis padres? Rezando en mi casa, en mi patria lejana. Como los tuyos, como todos. ¿Mis amigos? No lo sé. No, no amo a otra. Sólo a ti. Te amé desde que te vi en la iglesia, orando como una niña. Te mordías la punta del dedo con tus dientes blancos y pequeños.

Por eso vengo diario a mirar tu ventana. Sí, ríe, ríe, que el sonido de tu risa es mejor que el de los cánticos de los monjes. Ríe y muéstrame el interior de tu boca.

Desata los lazos de tu corpiño para que oiga tu corazón,

que amo porque anima tu cuerpo luminoso como una llama. Está debajo de tu seno, que por eso toco así. Quisiera besar tu corazón que imagino rojo y perfumado como una manzana, pero beso tu pecho en su lugar.

Bésame tú ahora, besa mi cuello limpio de bubas, mi boca.

Así, que nos queda poco tiempo. No, Dios no te censurará. Es poca la alegría que hay. Tómala.

No, no receles, están todos orando alrededor de la yacija donde está tendido tu tío. Ésa es la muerte, fría, lívida y marchita. Ésta la vida, esta carne blanca y suave que late como un ave en el cuenco de mi mano.

Luego, cuando mires tu seno redondo, recuerda cómo te he besado. Recuerda cómo me has dado vida en esta ciudad llena de muerte. Un beso tuyo es remedio, licor bendito, caricia. Sí, recuérdame al hilar, al bordar junto a tu madre. Nadie viene.

Vamos a rezar, pues. Recemos por tu cuerpo sano y joven, por el mío que arde. No, no es fiebre, es amor. Es como la fiebre, sí, pero fortalece, en lugar de debilitar. Dame tu mano. Siente mi corazón, siéntelo. Quién sabe cuántos latidos más le quedan.

No me importa si la Peste ha entrado ya a tu casa, tu cuerpo está limpio de manchas. No, no me importaría si me contagias. No. Te besaría aunque estuvieses enferma. Lo ignoro, tal vez estás enferma, pero, ¡qué engañosos entonces serían mis ojos, que sólo ven belleza y vida!

Serías hermosa para mí aunque te devorara la Peste. No me importa, te digo. Amémonos ahora que hay vida.

Levanta tu falda, amor mío, levántala y muéstrame tu vientre. No, no dejaré de amarte; si vivo, si vives, nos casaremos y el sacerdote bendecirá lo que hoy sucederá, lo

que Dios bendice en este momento. Guardaré el secreto. No diré a nadie lo que he visto.

Álzala, muéstrame. Qué hermosos son tus tobillos y tus muslos. Más bellos que las columnas que sostienen la bóveda de la iglesia.

No tengas miedo. Sí, es verdad que hemos de morir, pero si accedes a levantarte la falda, te enseñaré algo que te hará olvidar las procesiones y los entierros. Sí, mientras el cementerio se llena, nosotros nos besaremos. Ellos ya están muertos y nosotros nunca hemos estado más vivos. Mira, mira tus ingles puras y lisas. Yo en ti y tú en mí, ése será nuestro refugio, el santuario que nos cobijará del miedo.

Ahora, ante tu blancura y calidez distraigo la melancolía que me había cogido en su garra negra. Tu ombligo es redondo como la luna.

Déjame besarlo, que nadie viene, nadie nos ve. Tiéndete sobre el piso que el sol ha calentado, que guarda aún en la noche el calor de sus rayos, amada mía, hermosa mía, agraciada como la Virgen. Mira las estrellas que nos iluminan. Oye las campanadas de la iglesia: anuncian nuestros esponsales. Sí, tocan a muerto, es verdad.

Yo también sé que han muerto muchos. Te repito que no me importa si la Peste ha entrado ya en tu casa. Calla.

¿No te alborozan mis besos? Tal vez moriremos; juntos entraremos al Cielo. Pero deseo entrar al Cielo que hay en la Tierra, ahora. Tú eres el Paraíso que Dios guarda para mí.

No, no puedo creer que por tocarte perdiera el cuerpo y el alma. Si tu gracia y tu belleza encierran la fiebre, sea. Mi alma se regocija al escucharte.

Recuéstate, pondré mi capa bajo tu cuerpo y acunaré tu cabeza en mi brazo. Déjame hacer.

Hermosa mía, si viniera la Peste ahora, tráida a mí por este abrazo, la recibiría con gusto. De todas formas hemos de morir, es lo único que sabemos con certeza.

No temo ya, pues soy feliz.